

de febrero, que de seguro me irá mejor.

Ahora veamos las cuentas de don Juan, digo, de la liquidación:

Mes de enero, 1910, 31 días, ₡ 80.00.

Renunció el 15 de Enero.

31 días — 5 domingos = 26 días hábiles.

15 veintiséis avos de ₡ 80.00 = ₡ 46.15 de sueldo.

Febrero de 1910, 28 días, ₡ 80.00.

Renunció el 15 de febrero.

28 días — 4 domingos = 24 días hábiles.

15 veinticuatro avos de ₡ 80.00 son ₡ 50.00 de sueldo.

¿Quién ganó?

*
* *

Dispéñeme! — Una ferretería de esta ciudad, recibió la siguiente carta:

«Querido señores, yo resebí la cocina que compré muy bien pero por qué no me mandaron las patas, pa qué sirve la cocina cuando ella no tiene patas; yóstói perdío sin las patas, yeso no es ningunalegría pa yo; que izieron ustedes mis patas. No es mi plata lo mesmo que otra. estoi mui brabo i asina lescribo pa iciles qui ustedes son tontos y que no saben. Le mando con juan la cocina porque ustedes no me cogen de mona, pa tontos ustedes, naide yo. Su seguro servidor. N. B. Ende qués cribí esta carta me jallé las patas metías en el orno. Dispéñeme».

*
* *

Una señorita capitolina, estando de visita en Puerto Limón cuando llegó el crucero «Des Moines» de la armada yanqui, se enamoró de un joven oficial y quiso agradarlo antes de regresar á San José. Con el permiso de la familia donde se hospedaba, despachó esta nota, escrita en mal inglés:

«La señorita Sonythe agradecerá la compañía del Capitán White, para asistir á una soirée en la noche del viernes próximo».

Una respuesta pronta, escrita en mal español inglesado, decía:

«Con el exception de tres hombres que están enfermos el company del Capitan White accepta suya invitation para el reception del noche del viernes».

*
* *

En el colegio Seminario de nuestra capital preguntó el profesor de química á un alumno: «Supóngase —dijo— que usted tuviera que asistir á un enfermo, que incidentalmente se hubiera tomado una gran dosis de ácido oxálico, ¿qué administraría usted?»

El estudiante que naturalmente estudiando para clérigo, tuvo que estudiar química por ser obligatoria en el desarrollo del Programa de Enseñanza, después de pensar la contestación, respondió: Yo le administraría los Sacramentos.

*
* *

Parece imposible, pero cuando en los hospitales los enfermos son atendidos por una hermana de la Caridad, se les olvida el estado doloroso al sentir el perfume de la mujer. Hace poco en el Hospital de San Juan de Dios, en esta capital, un enfermo exclamó: «Oh, Dios mío...!» Una de las simpatiquísimas Hermanas que le oyó, se dirigió inmediatamente al paciente y le dijo: «Le oí á usted llamar en el nombre de Dios, y como yo soy una de sus hijas, qué puedo hacer yo por usted?»

El enfermo, volviéndola á ver con semblante cariñoso y unos ojillos significativos, puesto que aquella Hermana tenía la cara de muñeca más linda, le contestó con todo respeto y admiración: «Sí; pregúntele á su papá si él vería con agrado que yo fuera uno de sus yernos».

*
* *

Y colorín colorao... hasta el próximo número, que tengo que leer los anuncios del MAGAZIN COSTARRICENSE pa ver si me gano el reloj y la leontina que ofrecen, si no se lo saca otro. *Carastias!*, que lo necesito pa ver las doses, ende quescrivo estos cuentos. *Asina como usté loye.*

La Estrella de Belem ó el Cometa Halley

Traducción del Inglés, especial
para "El Magazin Costarricense"
— por EDUARDO M. EVANS, —
Profesor del Liceo de Costa Rica.

NOTA DE LOS EDITORES.—En la historia astronómica no se encuentra ningún cuerpo planetario, ninguna luminaria del firmamento nocturno, que agite con tanta fuerza la fantasía, ó que ofrezca más interés á la imaginación, que la bíblica Estrella de Belem. Pero, ¿qué era en realidad la Estrella de Belem? Si era una estrella, ¿cuál era su magnitud, y qué lugar ocupaba en los cielos? Si era en verdad un cometa, como algunos astrónomos han declarado, ¿cuáles eran las condiciones en que se acercó á la tierra? ¡Cuántas veces desde la infancia habéis pensado si acaso alguna de las lumbreras que engarzan la celeste bóveda, sería idéntica á la estrella que guió á los sabios de Oriente hacia la cuna de Cristo. He aquí el primer artículo comprensivo que se ha escrito sobre este asunto de universal interés, y que se debe á la pluma de un hombre que sabe lo que tiene entre manos, Mr. Waldemar Kaempffert.

EL reino de Herodes tocaba á su fin cuando los Magos llegaron á Jerusalén y preguntaron: «¿Dónde está El, el que ha nacido Rey de los Judíos? Hemos visto su estrella en el Este y venimos á adorarle».

La nueva de que un verdadero «Rey de los Judíos», un posible rival, había nacido, y que su nacimiento se anunciaba con un fenómeno celeste, inquietó mucho á Herodes. Hizo venir á sus escribas y sabios. Y cuando fueron preguntados dónde nacería el Rey, respondieron: «En Belem de Judea; porque así está escrito por el profeta. Y tú, Belem, en la tierra de Judá, no eres el último entre los príncipes de Judá, porque de tí surgirá un gobernador que mandará mi pueblo de Israel». Según una versión autorizada, se afirma en el Nuevo Testamento, que «cuando Herodes hubo reunido privadamente á los sabios, les preguntó cuándo aparecía la estrella. Y los envió á Belem diciéndoles: id y buscad diligentemente al tierno niño; y cuando le hayáis encontrado, traedme razón para que yo también vaya á adorarle. Cuando hubieron oído al rey, ellos partieron; y la estrella que ellos vieron en el Oriente, caminaba delante de ellos

hasta que llegó y se detuvo donde el niño estaba. Cuando ellos vieron la estrella se regocijaron con gran júbilo».

Esta es la historia de la Estrella de Belem, según se refiere sencilla y llanamente en el Capítulo II del Evangelio de San Mateo.

Una fantasía arraigada de las edades oscuras transmitida de generación en generación á través de los siglos, fué la que hizo que el mundo cristiano considerara la Estrella de Oriente como una luminaria milagrosa, semejante á la columna de fuego que guió al pueblo de Israel á través del desierto. Una luminaria creada especialmente para guiar á los Magos hacia el lugar donde naciera el Cristo. El cristiano moderno está más propenso á considerar la Estrella como un fenómeno natural y á buscar la explicación científica de su súbita aparición, no con el fin de arrojar el manto de la duda sobre las narraciones de San Mateo, sino para darle apoyo astronómico.

¿Quiénes eran estos sabios, estos Magos de que nos habla San Mateo? Se dice que vinieron del Este, y el Este, según los conocimientos geográficos de la época de Mateo, era

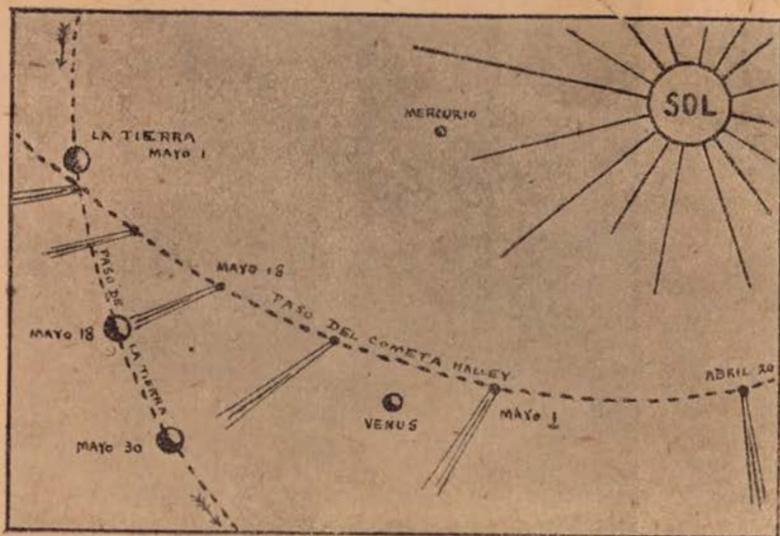


La estrella que los Reyes Magos vieron en Oriente, iba delante de ellos. Se considera probable que esta «estrella» fué el cometa Halley que apareció siglos antes del nacimiento de Cristo.

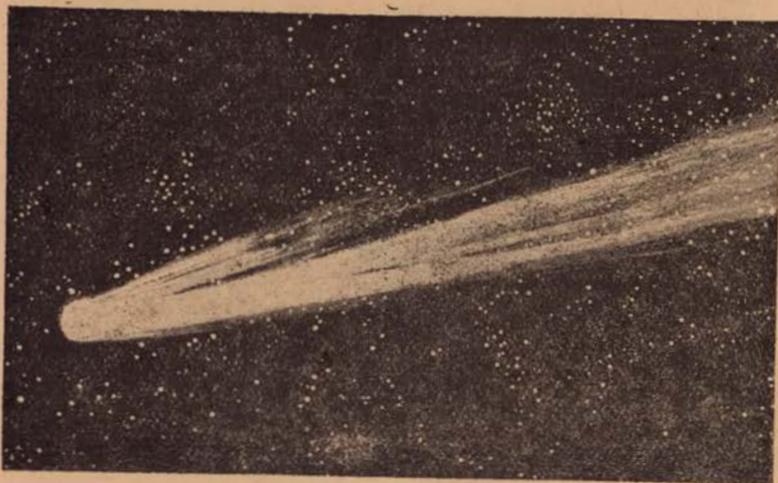
El retrato está hecho con una cámara fotográfica telescópica de tal manera que sigue el movimiento del cometa. por eso las estrellas se ven como unas rayitas.



Casas en Cartago
destruídas por los temblores del día 13 de abril próximo pasado



Este dibujo indica el camino que sigue el Cometa Halley
y el Planeta en que vivimos
Véase el lugar del Cometa y la Tierra el día 18 de mayo de 1910



El Cometa Swift que aquí ilustramos,
fué el que vieron los partidos Rodriaguista y Esquivelista.



Casa en Cartago destruída por los temblores del 13 de abril próximo pasado



Campamentos en las calles de Cartago
facilitados por el Gobierno para resguardarse de los temblores

Caldea, Persia y aquel desierto Arabe donde vagaron los hijos de Ismael. En ese Este de que nos hablan, la contemplación de las estrellas era, para algunas naciones, una observancia religiosa, mientras que para otras era un rito místico tradicional. Hé aquí, pues, cómo se engendró la pseudo-ciencia de la astrología, de la cual evolucionó lentamente nuestra moderna ciencia de la astronomía. Intérpretes científicos de las narraciones del Nuevo Testamento sostienen que estos Magos eran astrólogos, miembros de ese sacerdocio extraño, privilegiado y sin patria, cuyo oficio era vigilar el firmamento todos los días y todas las noches, anotar la posición y aparente movimiento del sol desde el alba hasta el anochecer y predecir aquellos cambios en las posiciones de los planetas que, en aquellos días de superstición astrológica, se creía daban forma y revelaban los destinos de reyes y naciones. Así hicieron de la ciencia un adorador á los pies de Cristo.

Para los astrólogos antiguos y de la edad media, ciertos grupos de estrellas y planetas tenían determinada significación profética. Los planetas recibieron nombres según su supuesta influencia. Mercurio, siempre escondido cerca del Sol, brillando furtivamente en la madrugada ó por la tarde, era el patrono de los embusteros, embaucadores, pícaros y ladrones. Marte, con su color rojizo, era el símbolo de la guerra, el guardián de héroes y guerreros. Si los Magos eran astrólogos que creían en influencias estelares, la aparición de la Estrella de Belem debe haber sido un fenómeno astronómico. Pero ningún fenómeno astronómico ordinario pudo haber inducido á esos experimentados contempladores de estrellas á abandonar sus templos. Por lo tanto debemos encontrar algún acontecimiento celeste suficientemente extraordinario para justificar un viaje desde Caldea ó Persia hasta Belem.

Cuando los Magos llegaron á Jerusalén, quedaban á Herodes pocos

días de vida. La degollación de los inocentes de Belem fué uno de sus últimos actos de crueldad. Al preguntar cuándo había aparecido la Estrella, la respuesta debe haber sido tal, que él creyó necesario matar á todos los niños varones hasta de dos años de edad. Es pues probable que los Magos vieron la estrella por primera vez cuando menos dos años antes de su llegada á Jerusalén. Herodes murió 4 años antes de la venida de Cristo. Por tanto, la Estrella de Belem debe haber aparecido casi dos años antes de aquella fecha. Debemos descubrir, si podemos, algún acontecimiento estelar excepcional ocurrido allá por el año 6 antes de Cristo con el cual pueda ser identificado.

* * *

Johann Kepler, considerado por su genio especial como el último de los Magos, (porque demostró que á los nacimientos de Enoch, Moisés, Ciro, César, Carlo Magno y Lutero, precedieron importantes acontecimientos astrológicos), fué el primero en llamar la atención al fenómeno astronómico que precedió al nacimiento de Cristo. Hizo notar que debe haber habido una conjunción de los planetas Júpiter y Saturno cerca de la época del nacimiento de Cristo, y aun hizo cálculos preliminares para probar su acerto. La conjunción ocurrió en el signo de Piscis, desde tiempo inmemorial identificado con los destinos de Israel. Una conjunción en ese signo significaba siempre el advenimiento de algún poderoso jefe de la raza judía. La conjunción de Júpiter y Saturno ocurre una vez en cada ochocientos años. Era pues, en opinión de Kepler, lo bastante extraordinario para servir de heraldo al nacimiento del Mesías.

Pero la sugestión de Kepler no fué tomada seriamente en consideración por los astrónomos sino hasta 1826. En ese año, el profesor Ideler, de Berlín, computó las posiciones de Júpiter y Saturno y probó que estuvieron en conjunción 7 años antes de la venida de Cristo. Sus cálculos

demonstraron que en ningún tiempo esos planetas estuvieron tan superpuestos que pudieran confundirse en una sola estrella, sino que estuvieron separados por una distancia igual al diámetro aparente de la Luna. En tal concepto, Kepler tuvo la temeridad de suponer que los sabios vieron los dos planetas como si hubieran sido una sola estrella, porque eran milagrosamente cortos de vista. En honor á Kepler, hay que manifestar que abandonó su teoría cuando Encke, en 1831, repitió los cálculos y encontró que la verdadera distancia entre Júpiter y Saturno, cuando se encontraron más cerca el uno del otro, en el año 7 A. C., era mayor que el diámetro aparente de la Luna.

Aparte del hecho que Júpiter y Saturno jamás estuvieron tan cerca el uno del otro que pudieran verse como un solo cuerpo, dos planetas en conjunción mal podrían llamarse una estrella. Ni es creíble que experimentados astrólogos caldeos los hubieran considerado así. Además, otras conjunciones ocurrieron casi al mismo tiempo. El profesor Sotockwell ha demostrado que Venus y Marte estuvieron en conjunción el 8 de mayo en el año 6 A. C., dos años menos cincuenta días antes de la muerte de Herodes. Fundado en que el mandato de la degollación de los inocentes fué expedido algún tiempo antes de la muerte de Herodes, el profesor Stockwell presenta la hipótesis que esta conjunción, fué la «Estrella de Belem». Y ya que las conjunciones ocurrían con suma frecuencia, se hace difícil comprender por qué las más de ellas no impulsaron á otras embajadas Caldeanas ó Persas á salir en busca del Mesías.

Debido á estas fatales objeciones en contra de las teorías que consideran la «Estrella de Belem» como una conjunción de dos planetas, el profesor R. A. Proctor se lanzó en busca de otros fenómenos celestes y al fin resolvió que los sabios de Oriente bien pudieron haber sido guiados por un cometa. Mucho puede decirse en apoyo de esta suposi-

ción. Hoy en día se descubren cometas en los cielos á razón de dos ó tres por año. No todos son particularmente brillantes; pero no es inconcebible que en los tiempos bíblicos, de vez en cuando, aparecieran cometas con suficiente brillantez que inspiraran terror en los corazones supersticiosos. Es un hecho que antes de que Edmundo Halley probara que las leyes de gravitación eran aplicables al cometa que lleva su nombre, y que visita la Tierra á intervalos de setenta y cinco y medio á setenta y nueve años, los cometas se consideraran como mensajeros divinos, augurios del bien ó del mal, y particularmente como presagios de alguna peste ó guerra. Para el pueblo romántico oriental que reverenciaba las estrellas como símbolos fijados en los cielos especialmente para guiar á los hombres, los cometas eran, á no dudarlo, visitantes aterradores.

Los Caldeos, Persas y Judíos no eran más ilustrados en cuestión de astronomía que los cristianos de la edad media, y, si á la caída de Constantinopla en 1453 el cristianismo entero se alarmó con la aparición de un cometa, (un cometa que hoy sabemos es el de Halley), es más que probable que en Oriente, estas repentinas visitaciones causaran no menos alarma. Conteniendo, como en efecto contienen, un núcleo, una «coma», ó sea una cubierta envolviendo al núcleo, y midiendo de veinte mil á un millón de millas en diámetro, y una larga cauda que se extiende detrás del núcleo por una distancia de sesenta á cien millones de millas, ó más, un cometa es una de las apariciones celestes más misteriosamente hermosas que pudiera contemplarse. Pero el caso es que nadie puede afirmar con certeza si la «Estrella de Belem» fué ó no fué una de estas apariciones. El astrónomo puede solamente afirmar que la idea no es insostenible y que es menos atacable que la hipótesis de la conjunción.

Finalmente, se ha planteado la teoría que la Estrella de Belem era, lo que se ha dado en llamar, una

«nova» ó estrella «nueva», es decir, una estrella que repentinamente fulgura en los cielos y se desvanece otra vez á su magnitud anterior, después de un lapso de algunas semanas ó meses. Tales estrellas no son del todo raras. Se sabe que diez de ellas aparecieron entre el año 134 A. C. y los últimos del siglo xv. Desde entonces se han registrado diez y seis, y en nuestros días estas estrellas se descubren con regular frecuencia.

En 22 de febrero de 1901, por ejemplo, fulguró una estrella nueva en la constelación de Perseo, y fué el astrónomo escocés Anderson quien la vió por primera vez. Una fotografía de la constelación, tomada veinte horas antes, no revelaba señal alguna de la «nova». Poco á poco fué aumentando en brillo, luego se opacó, y después volvió á recobrar algo de su brillantez anterior, y así fluctuaba su esplendor con notable regularidad. Es tan inconmensurable la distancia á que se encuentra la constelación de Perseo que, la luz de sus estrellas lanzada á través del espacio con una velocidad de 180,000 millas por segundo, tarda ciento veinte años para llegar á la Tierra. Lo que en realidad, vió Anderson, por lo tanto, fué una luz que fulguró repentinamente en 1781.

Aun antes del invento del telescopio, tales estrellas habían sido estudiadas por los astrónomos. En 1572, por ejemplo, Tico Brahe descubrió en Casiopea una «nova» tan notablemente hermosa que escribió una descripción muy detallada de ella. «Alzando los ojos, como de costumbre, á la bien conocida bóveda del cielo», nos dice, «observé, con indescriptible sorpresa, cerca del zenit de Casiopea, una radiante estrella fija de una magnitud jamás vista. En mi asombro dudaba de la evidencia de mis sentidos. Sin embargo, me convencí de que no era ilusión, y á fin de obtener el testimonio de otros, hice venir del observatorio á mis ayudantes y les pregunté, así como á toda la gente de los campos que pasaba por allí, si

veían la estrella que tan de repente había aparecido». Agrega Tico que la estrella fué vista por algunas personas cerca de medio día y, después de algunas semanas declinó, desapareciendo del todo después de estar á la vista durante diez y seis meses. Las medidas que tomó son tan exactas que muy bien puede dirigirse el telescopio al lugar preciso donde vió la maravillosa estrella; pero no puede verse orbe alguno parecido al que describe. Se sospecha, sin embargo, que una estrella de décima magnitud situada no lejos del punto fijado por Tico, sea su perdida «nova».

Apariciones semejantes ocurrieron en la constelación de Casiopea antes de Tico, por cuya razón se ha pensado en la posibilidad de que su estrella era un cuerpo que se presentaba á la vista á intervalos de tres siglos, aproximadamente. Alguien sugirió que la estrella de Tico pudo haber sido la «Estrella de Belem» en una de sus apariciones. No hay razón fundada para suponer que la estrella de Tico haya aparecido anteriormente á 1572. Que no pudo ser la «Estrella de Belem», se desprende del hecho que la constelación de Casiopea está al Norte, y los Magos cuando salieron de Jerusalén con rumbo á Belem deben haber tenido á espaldas la constelación de Casiopea. A pesar de todo esto, hubo muchos que esperaban confiadamente la reaparición de la estrella de Tico á principios de la octava decena del siglo xix, y estaban dispuestos á considerarla como un anuncio de la segunda venida de Cristo al mundo.

Esta incierta y caprichosa aparición de una nueva estrella, que Tico y muchos otros astrónomos modernos no pudieron explicar, la trata un moderno astrofísico de una manera simple y hermosa. Lo que Anderson vió en la constelación de Perseo y Tico en la de Casiopea, era un grandioso cataclismo. Dos soles gigantes, enfriados hasta convertirse en cenizas negras, pero todavía aprisionando dentro de su corteza helada, un fuego voraz y los componentes de

una energía explosiva terrorífica, chocaron en una tremenda colisión celeste. Cuando ocurrió la catástrofe, cada uno de estos soles apagados se precipitaba por el espacio á razón de cuatrocientas millas por segundo,— con una rapidez setecientas veces mayor que la de un proyectil disparado por un cañón moderno de doce pulgadas de calibre. Dos enormes cuerpos caminando á tan vertiginosa velocidad no pueden contenerse súbitamente sin que de alguna manera depongan su energía. Por nuestros conocimientos en mecánica sabemos que parte de esta energía se convierte en un calor tan intenso, que los fragmentos de los dos soles desmenuzados, brillan con luz tan deslumbradora, que nuestro sol comparado con ella sería como una candela colocada al lado de una luz eléctrica de arco. El resto de la energía se consume en retorcer los fragmentos al rededor de un centro común con una velocidad de cientos de millas por segundo, de manera que se forma un enorme molinete pirotécnico celeste.

Ese molinete celeste girando con una velocidad vertiginosa puede considerarse como el centro de un nuevo sistema solar ó como un nuevo mundo, pero no como el nuestro, revestido de roca y bañado por mares, sino por una masa caótica deslumbrante. Los candentes chorros espirales del molinete se componen de gases y polvo fino, y éste recogido por revoloteantes nubes se interpone periódicamente entre la Tierra y la estrella, produciendo así las más ó menos regulares obscuridades que son tan características en muchas estrellas nuevas. El efecto de este remolino sobre los gases y el polvo produce un disco plano intensamente caliente y denso en el centro, y extremadamente atenuado y frío en la periferia. Conforme pasan las emanaciones, la formación, á semejanza de molinete, se borra gradualmente debido á la acción de gravedad y otras fuerzas. Pruebas suficientes de estos procedimientos misteriosos se encuentran en las vastas extensiones de luz empa-

ñada llamadas nebulosas debido á su apariencia. Estas nebulosas son el resultado del polvo y gases desprendidos de los soles apagados al chocar entre sí, y de ellas evolucionarán sistemas planetarios por el eterno procedimiento de la continua contracción y por la aglomeración de materia por medio de la atracción, formando globos que tarde ó temprano han de convertirse en mundos congelados.

Si la «Estrella de Belem» era en realidad una «nova» que resplandeció en una noche y pronto deslumbró á las otras estrellas, no hay duda alguna que debió llamar la atención de algún experimentado astrólogo Mago. El acontecimiento fué tan inesperado, tan extraordinario, que no pudo reconciliarse con aquellos fenómenos estelares recurrentes que los sacerdotes de los templos tenían la costumbre de observar y aun de predecir. En la época en que la ciencia estaba más ó menos envuelta en el misticismo, era natural que se atribuyera una significación peculiar á tales apariciones repentinas, y más si se considera que los judíos ansiaban el advenimiento de un rey que los libertara del yugo romano, cuya venida había sido misteriosamente anunciada con las palabras de Balaán: «Yo le veré, pero no ahora; yo le miraré, pero no de cerca; vendrá una Estrella nacida de Jacob y un Cetro nacido de Israel».

Haciendo á un lado la prueba astronómica en favor de la teoría que la «Estrella de Belem» era una «nova», poéticamente hablando, al menos, parece singularmente apropiado que un orbe sin igual, flameando con repentina magnificencia, hubiera señalado, no sólo el nacimiento de un Mesías cuyo destino era redimir á la humanidad con su propio sufrimiento y hacer un mundo nuevo purgándolo de todo mal, sino también la creación de un nuevo sol con planetas embrionicos girando por entre brillantadas nubes de gas y polvo estelar.

El problema de la educación sexual

— Por el Canónigo don —
ROSENDO DE J. VALENCIANO

NOTA DE LOS EDITORES.—El autor, Canónigo don Rosendo de J. Valenciano, con una maestría sin precedente en estos asuntos, con un conocimiento profundo de la materia, con un tacto de diplomático hábil, expone, en este artículo, la necesidad de que á los niños y á los jóvenes de los dos sexos, se les imparta una educación que al mismo tiempo que les revele ciertos puntos oscuros de sexología, los prevenga contra el inmenso peligro de recibir esos conocimientos de personas de una moralidad sospechosa. Los padres y las madres de familia que quieran educar verdaderamente á sus hijos y á sus hijas, deben leer con suma atención los artículos del Canónigo Valenciano, pues de ellos sacarán provecho propio y para los suyos.

El MAGAZIN COSTARRICENSE apoyará al autor en sus enseñanzas, y para ello no omitirá ningún medio ni esfuerzo, pues la moralidad va de capa caída en nuestro país, y es el deber de todo ciudadano, contribuir á la restauración de ella.

E DUCAR, por más que muchos lo juzguen sinónimo de *instruir*, en virtud de lo cual, para ellos, donde se atiborre la mente de más ó menos conocimientos humanos, siquiera sea desflorándolos, allí también se educa, no dejará de ser cosa absolutamente distinta; y hasta tanto, que confundir la *educación* con la *instrucción*, es y será siempre, un verdadero contrasentido y la confusión de dos disciplinas lógicamente distintas.

Basta parar mientes en que la *instrucción* procura al joven el caudal de conocimientos humanos que adornan su *inteligencia*, que le facilitan la formación de una carrera de vida, que le ayudan en la lucha por la existencia; mientras que la *educación* dirige sus empeños á la *voluntad*, ó como vulgarmente se dice, al corazón, para corregir los instintos malos, las inclinaciones perversas, para dirigir bien y tornar bellas y útiles las pasiones, desarrollando los impulsos nobles; y con tales recursos, hacer del joven una *personalidad buena*.

La instrucción nos hace útiles á nosotros mismos y á nuestros seme-

jantes; mientras que la educación nos hace virtuosos y honrados.

Es verdad, que estas dos disciplinas, la *instrucción* y la *educación*, por cuanto converjen en provecho del mismo sujeto, son hermanas inseparables y mutuamente se socorren; aunque con alguna superioridad de la una sobre la otra: porque los hombres educados, sin ser instruídos, son siempre dignos y buenos; mientras que los hombres instruídos, pero no educados, serán siempre peligrosos y muchas veces malos.

Entiéndase que usamos del calificativo *educado* en el sentido pedagógico ó científico; y no en el valor que le da el vulgo, para quien *educado* equivale á *cortés* ó *persona de buenas maneras sociales*; cuando es tan frecuente en nuestros tiempos, topar de manos á boca, con gentes corteses, en toda la extensión que la urbanidad reclama, sin que por eso sean personas de corazón educado!

* * *

En los ámbitos de la educación, se ha venido planteando en estos últimos tiempos, un problema suma-

mente delicado y de resolución escabrosa: *La educación sexual de la niñez*.

Decimos que en estos últimos tiempos, no porque el asunto sea nuevo en sí mismo, toda vez que esta cuestión ha venido resolviéndose en todos los tiempos y en todos los pueblos, más ó menos convenientemente, desde que existe la humanidad; sino porque la pedagogía moderna escolar, secundada en tantas ocasiones por el espíritu absorbente de gobiernos que en distintas circunstancias pretenden arrogarse derechos que no les corresponden primaria sino secundariamente, como el de la educación é instrucción de los hijos, la pedagogía moderna escolar, repetimos, ha intentado hacer suyo, imperiosamente, el rol de la *educación sexual*, que más que cualquier otro debe ser del dominio de los progenitores en la escuela del hogar.

Útil será, pues, saber qué cosa sea la *educación sexual*, y averiguar el papel que con respecto á ella puede y debe desempeñar la escuela.

«Educación sexual es la revelación prudente y delicada de los conocimientos relativos á la castidad del alma, á la higiene física del pudor y á las funciones de la reproducción, con el cuidado que demanden las circunstancias de *edad*, de *sexo* y de *condición* de cada individuo».

Con advertir que es la «revelación prudente y delicada» queda de hecho excluída toda revelación «desarrapada» y grosera en la materia, aunque pulcra en la dicción, que ante el sentido común de la humanidad decente, no sería otra cosa que la revelación pornográfica de esos conocimientos, sin otro resultado que el despertar las malas pasiones del corazón, y sin lograr lo que toda educación apetece, esto es, hacer al hombre morigerado y bueno.

Una correcta educación sexual es necesidad que se impone en la vida de todo individuo; y esto por lo mismo que ella se refiere á conocimientos de asuntos que no por ser sumamente vidriosos y delicadísimos para tratados, dejan de ser absolutamen-

te indispensables para la vida; más aún, para labrar la dicha de la vida.

Felicidad incomparable durante la existencia en la tierra, es, la salud; es, el conocimiento perfecto que cada individuo tenga de sí mismo; es, el noble empleo de todas y cada una de las energías de modo que se cumplan con ellas los fines que á cada cual tiene señalados la Divina Providencia; es, conservarse íntegro, sin menoscabo. Y por más que cierta corriente desordenada de ideas que reconocen por único cauce el materialismo grosero, pretenda negarlo, es lo cierto que, gran parte de esta dicha y felicidad del hombre en el mundo, y gran coeficiente de la salud física y del bienestar moral, lo da la vida casta, por la cual, el hombre enfrena, cabalmente, sus instintos más furiosos, sus pasiones más violentas, sus apetitos, que, mal encaminados, conviértense en acíbar para la vida, en agujeros por donde escapa la fortuna y en veneno atroz para la salud física: y esa vida casta, á más de un auxilio sobrenatural que Dios no niega á las gentes de buena voluntad, reconoce como poderoso auxiliar para lograrla, una *educación sexual* bien dirigida desde tiempo oportuno.

Cuando el niño, el joven, la niña y la doncella, van aprendiendo paulatinamente y de labios autorizados y prudentes todos los conocimientos que su edad demanda, relativos á la castidad y á su importancia, á la higiene física del pudor, á los peligros que deben evitarse, á las consecuencias terribles que trae consigo la falta de respeto de sí mismo, es natural que ese niño ó esa niña y la juventud sean más fuertes para resistir á las insinuaciones del mal, y para evitar curiosidades necias que les son perjudiciales, amistades de compañeros ó compañeras para quienes la obscenidad es materia obligada de sus conversaciones. Y no porque sean castos, incurrirán tampoco en las exageraciones de los espíritus meticulosos y mal educados en la castidad, que miran faltas ó peligros, hasta en lo que es lícito y aun nece-

sario; y esto por la ignorancia triste de cuanto prescribe una buena y prudente educación sexual.

Bien dice, hablando del problema que nos ocupa, un distinguido pensador francés: «*la ignorancia no es inocencia*». Y como en materia de educación sexual los conocimientos que no se adquieren por medios buenos, los adquiere la juventud desgraciadamente por medios reprobados y malos, pero de todos modos los adquiere, resulta de aquí la gran responsabilidad de procurar esa educación sexual para la niñez y para la juventud, que pesa sobre aquellos á quienes incumbe esta obligación.

¿No es acaso frecuente no sólo entre las familias humildes, sino también entre las de alguna distinción y rango, que los niños y las niñas aprendan los misterios de la pubertad y algunas medidas higiénicas no por la enseñanza del padre ó de la madre, (como debe ser), sino por el amigo ó la amiga, que, siendo ellos mismos víctimas de las malas pasiones, no se contentan con el consejo, sino que desgarran también el cenital de la inocencia y del pudor con perversas enseñanzas?

Este, que es argumento contundente, porque es de asunto que puede palpase á ojos vistas, pues el descuido por la buena educación sexual es alarmante en nuestra sociedad, viene á poner también en evidencia, la necesidad de procurar la educación sexual, sí, pero buena y prudentemente dada.

Es de perentoria necesidad que los jefes de familia comprendan bien su obligación ineludible á este respecto.

Es también indispensable que los padres salgan de esa apatía é indiferentismo desastroso con respecto á la educación sexual de los niños varones, que á tantos ni preocupa; y antes bien miran con algún agrado que el hijo se haga *hombre y corra el mundo* por sí y ante sí y adquiriendo conocimientos sexuales por enseñanzas de amigos perversos, ó por *experiencia propia* del mal, y tal vez de las miserias irreparables del mal. Precisa que las *madres* de-

jando á un lado miedos sin fundamento y conceptos errados del pudor y temores egoístas para hablar de asuntos sexuales necesarios, se conviertan en las amigas íntimas de sus hijas, á quienes ellas confíen sin reservas todas sus dudas, todas las condiciones penosas de su sexo y que en la confianza maternal encuentren instrucción y advertencias convenientes, resolución acertada á sus dudas y ansiedades, y que la suprema táctica educativa y cuidadosa de la madre, sea la que descorra á la niña el velo que le oculta los misterios del pudor.

Por este cuidado y vigilancia, los padres y las madres se convertirán en guardianes inmejorables del pudor de sus hijos, y los librarán de las terribles escuelas de la ignorancia y del error en estos delicados asuntos.

Otra razón más, que persuade la necesidad de una buena educación sexual, es, contemplar los inmensos estragos que la inmoralidad viene haciendo entre nuestra juventud.

Hiélase la sangre, cuando se advierte la precocidad y el atrevimiento del vicio obsceno en nuestros días; y más aún, cuando se ve que el maldito vicio está patentado socialmente y que se regodea á sus anchas y se ostenta con toda desfachatez y aun cosechando aplausos, en las vitrinas de tiendas y librerías, en la novela picante, en las estatuitas de porcelana, en las postales de moda; y con resabios de *culta*, en la escena del teatro, en el baile elegante; y que por desgracia, hasta prepara su reinado más efectivo desde el santuario de la escuela por medio de la *coeducación* ó sea la educación simultánea de ambos sexos en los colegios.

A este paso, se pregunta úno si las de mañana, serán *generaciones*, ó sencillamente *degeneraciones* de nuestra raza y de nuestras costumbres; y si llegará á efectuarse el sueño dorado de los holgazanes y cultivadores de la sensualidad: *la implantación del llamado amor libre*, que ni es libre, ni es amor, sino el cinismo en la vida y la abyección en las costumbres.

Contra este daño social se impone la necesidad de educar bien sexualmente á la niñez y á la juventud; para que en el conocimiento decente y oportuno de la realidad, y de los peligros que el mal entraña, aunque se revista de blandas y brillantes plumas, encuentren aquéllas, los medios de escudarse, y no se dejen marear por esos tibios aires, que si al aspirarlos se sienten dulces, quemán súbitamente la sangre.

En guerra avisada, no muere soldado; y muy cuerdo es siempre seguir el consejo del sabiamente tonto escudero de Don Quijote de la Mancha: «Lo mejor es curarse en salud».

Y así, por cuanto la educación sexual es necesaria para la vida; por cuanto debe darse bien para que no se reciba mal, como infaliblemente se recibirá por aquellos hijos infeli-

ces que no tienen padres llenos de interés y cariño para dársela, y que dejan ese cuidado al mal amigo ó á una experiencia tristísima; por cuanto el atrevimiento del mal y la grosería de la obcenidad en nuestros tiempos exigen que se escude á la niñez y á la juventud contra sus envenenados tiros; impónese terminantemente la necesidad de una esmerada, cumplida y franca educación sexual, bien moldeada por la prudencia y el cariño.

Ahora bien, ¿quién debe dar esa educación? Esta es cuestión que vamos á resolver en otro artículo, en el que veremos si esa educación puede ser disciplina escolar, si puede darse colectivamente ó si debe circunscribirse al hogar y comunicarse individualmente.

PARA COMER BIEN

“El Magazin Costarricense” agradecerá mucho las recetas que se le envíen para su publicación.

Tamales de masa.—Se muele bien la masa; para una libra de ella se toma media libra de manteca de res fresca, se le pone sal y se revuelve bien. Para el relleno se prepara un poco de carne picada, bien condimentada, y se pone á freír. Se soazan unas hojas de plátano y en ellas se envuelven los tamales. Se hacen en esta forma: una cantidad de masa preparada, en relación con el tamaño que se quiera dar al tamal, se extiende en una hoja y adentro se coloca el relleno; luego se doblan uno sobre otro los cuatro lados del tamal y se envuelve en las ho-

jas dichas, amarrando los atados con un hilo ó cuerda y se ponen á cocer por una hora. Para servirlos se les quita las amarras y en ese estado se llevan á la mesa, en donde en cada plato se colocará abierta pero sobre la misma hoja, la ración individual.

Tamales de frijoles.— Se muele la masa de maíz; para dos tantos de masa uno de manteca de cerdo. Se mezcla todo bien con sal, pimienta, ajos y cebolla, muy bien molido y mezclado con la masa. Se hacen las tortillas poniéndolas en ho-

jas soazadas. Se muelen unos frijoles negros bien finos y se condimentan con sal, ajos, pimienta y cebollas molidas; después se fríen en bastante manteca; se rellenan de frijoles así preparadas las tortillas de masa hechas previamente y se hacen los tamales como se ha dicho antes, amarrándolos muy bien. En seguida se ponen á cocer por una hora.

Pastel de elote.—Se muelen seis elotes y la masa que resulte se echa en bastante leche cocida y se cuele; después se pone á cocer con manteca y luego se toca para ver si está como masa de tamalitos; se le revuelven seis huevos enteros y se amasa bien. El relleno puede ser de crema de leche ó de picado bien hecho. El pastel se hace en un platón, procurando que quede chato, para que se cocine bien; y se mete al horno; y cuando está á medio cocer se saca, se le echa azúcar y canela por encima, y se vuelve á meter al horno.

Chiricaya.—Se baten seis claras de huevo y cuando están espesas se mezclan las yemas y se siguen batiendo; se le echa media libra de azúcar, un poco de nuez moscada rayada y zumo de limón; se pone al horno en un molde de lata ó en bañomaría.

Picadillo de plátano verde.—Se pelan los plátanos y se les pone un poco de sal para que no se pongan negros; se lavan y se ponen á cocinar en agua; se pican en cuadritos muy menudos, se pica carne de cerdo muy fina y se mezcla con el plá-

tano; se pone una sartén al fuego con bastante manteca, sal, pimienta y ajos molidos; se pone á buen fuego, teniendo cuidado de menearlo para que no se pegue.

Picadillo de chayote.—Se pelan los chayotes y se parten en cuadritos pequeños; se pica carne cocida, se pone al fuego una sartén con sal, pimienta, ajos y cebollas y un poquito de achiote, y se pone la carne mezclándolo todo y se deja hervir á fuego lento.

Chayotes rellenos.—Se cogen unos chayotes bien sazones dejándolos con la cáscara, se les saca lo de adentro, se mezcla con carne bien picada, se le pone sal, pimienta, cebolla molida y un chile picante; el todo se mezcla bien y con él se rellenan los chayotes y se colocan en una cazuela, poniéndoles queso suizo rayado á cada mitad de chayote; se ponen al horno hasta que dore el queso.

Cajeta de guayaba.—Convertidas doce libras de azúcar en miel de punto de almíbar, se pone al fuego con una libra de rayado de cidra lavado y seco: estando de punto muy alto, se le añade un batidor de jalea de la misma guayaba, y diez libras de carne de ésta, sancochada y muy bien colada; todo junto se tiene en el fuego y se está meneando sin cesar, y estará para el uso cuando se eche en la mano y no se pegue.

Caramelos.—Cocido el azúcar hasta el punto que lleva este nombre, sin moverlo ni agi-

tarlo, se echa la esencia de cocción ó jugo, que al efecto se ha preparado, se mueve á fin de efectuar su incorporación, y se deja cocer hasta que tocado el almíbar con el dedo, quede impresa la huella. Entonces se va-

cia sobre la mesa de mármol ligeramente untada de aceite, y se marca con el molde de caramelos á fin de poderlos partir después de fríos, ó bien se llenan moldes cilíndricos aceitados también.

EL CASO EXTRAÑO DEL DOCTOR JEKYLL

NOVELA

Traducción especial para el "Magazin Costarricense"

I

HISTORIA DE LA PUERTA

EL señor Utterson, el abogado, era un hombre de rostro duro en el cual no brillaba jamás una sonrisa; frío, lacónico y confuso en su modo de hablar; poco expansivo; flaco, alto, de porte descuidado, triste, y sin embargo, capaz no se por qué, de inspirar afecto. En las reuniones de amigos, y cuando el vino era de su gusto, había en todo su sér algo eminentemente humano que chispeaba en sus ojos; pero ese no sé qué, nunca se traducía en palabras; sólo lo manifestaba por medio de esos síntomas mudos que aparecen en el rostro después de la comida; y de un modo más ostensible, por los actos de su vida. Era rígido y severo para consigo mismo; bebía ginebra cuando se hallaba solo, para mortificarse por su afición al vino; y, aunque le agradaba el teatro, hacía veinte años que no había penetrado por la puerta de ninguno. Pero tenía para con los demás una tolerancia particular; á veces se sorprendía, no sin una especie de envidia, de las desgracias ocurridas á hombres inteligentes, complicados ó

envueltos en sus propias maldades, y siempre procuraba más bien ayudar que censurar, «Me inclino, — tenía por costumbre decir, no sin cierta agudeza, — hacia la herejía de Caín; dejo que mi hermano siga su camino en busca del diablo». Con ese carácter, resultaba á menudo, que era el último conocido honrado y la última influencia buena para aquellos cuya vida iba á mal fin; y aun á esos, durante todo el tiempo que andaban á su alrededor, jamás llegaba á demostrar ni siquiera la sombra de un cambio en su manera de ser.

Sin duda era fácil esa actitud para Utterson, pues era absolutamente impasible, y hasta sus amistades parecían fundadas en sentimientos similares de natural bondad. Es característico en un hombre modesto el aceptar de manos de la casualidad las amistades, y eso es lo que había hecho el abogado. Sus amigos eran sus parientes ó aquellos á quienes había conocido desde hacía mucho tiempo; sus afecciones, como la hiedra, crecían con el tiempo, pero no procedían de ninguna inclinación especial. De ahí, sin duda, provenía la amistad que le unía á Ricardo Enfield, uno de sus lejanos parientes, y hombre que frecuentaba mucho la

sociedad. Para algunos había en ello un enigma; ¿qué podrían hallar uno en otro, y qué podía haber de común entre ambos? Los que los encontraban en sus paseos del domingo, referían que no se hablaban, que parecían sombríos, y que la aparición ó la llegada de algún amigo era acogida por ellos con evidentes signos de satisfacción y hasta de consuelo.

A pesar de todo, ambos daban gran importancia á aquellos paseos, que eran como el principal placer para ellos, y no sólo rechazaban todas las demás distracciones, sino que prescindían en absoluto de los negocios, para disfrutar con mayor libertad de sus paseos.

La casualidad hizo que en una de aquellas excursiones, cruzasen una callejuela situada en un barrio comercial de Londres. Era sumamente tranquila, pero en los días de trabajo había en ella un comercio activo. Sus habitantes hacían todos buenos negocios, esperaban hacerlos mejores en el porvenir, y dedicaban el sobrante de sus beneficios al embellecimiento de sus residencias, de tal suerte, que las fachadas de las tiendas alineadas á lo largo de la calle parecían invitarlo á uno como hubieran podido hacerlo dos hileras de sonrientes vendedoras. Hasta el domingo, cuando aquellos atractivos encantos estaban ocultos y la calle parecía relativamente desierta, ofrecía marcado contraste con las inmediaciones, bastante sucias; contraste parecido al de un fuego brillante en medio de un bosque sombrío; no cabe duda de que aquellas persianas recién pintadas, aquellos bronce relucientes, y aquella nota de limpieza y de alegría sorprendían y agradan á los transeuntes.

A dos casas de distancia de la esquina de la calle, á mano izquierda yendo hacia el Este, la línea se hallaba cortada por la entrada de un callejón sin salida en el que se levantaba un edificio de aspecto triste, cuyos aleros se extendían sobre la calle. Tenía dos pisos, ninguna ventana, sólo una puerta en la planta baja, y el muro deteriorado que se

elevaba hasta el extremo superior; en todo demostraba aquella construcción largo tiempo de abandono y descuido. La puerta, en la cual no había ni campanilla ni picaporte, estaba deteriorada y sucia. Los vagos acostumbraban sentarse en el escalón de ella, y la utilizaban para encender fósforos; los muchachos de las escuelas habían probado sus cuchillas en las molduras; y durante muchísimo tiempo nadie se había preocupado de rechazar á aquellos visitantes, ó de reparar sus daños.

El señor Enfield y el abogado cruzaban por el otro lado de la callejuela, y al llegar frente á aquel edificio, el primero señaló á la puerta con su bastón.

—¿Habéis observado alguna vez esta puerta?—preguntó; y cuando su amigo le hubo contestado afirmativamente, añadió:—se halla enlazada en mi memoria con una historia harto singular.

—¿De veras?—dijo Utterson, con una ligera alteración en la voz—¿qué historia es esa?

—Hela aquí—replicó el señor Enfield.—Regresaba á mi casa desde un punto lejano, á eso de las tres de la madrugada, una oscura noche de invierno, y mis pasos me llevaron á una parte de la ciudad en donde no se veía más que los faroles. Todo el mundo dormía; las calles se hallaban iluminadas como para una procesión y completamente desiertas; mi ánimo había llegado á hallarse en aquel estado en que se desea ardentemente ver á un agente de policía. De pronto ví dos personas: una de ellas era un hombrecillo que caminaba á buen paso hacia el Este, y la otra una niña de ocho á diez años que corría tanto como era dable por una calle transversal. Al cruzarse en la intersección de las dos calles, chocaron uno con otro, y el hombre pisoteó con la mayor calma el cuerpo de la niña, dejándola tendida en el suelo y continuando su camino. Aquello no era el proceder de un hombre, sino más bien el del diablo indio Juggernaut. Lancé un grito, eché á correr, cogí á mi hombre por

el cuello, y lo llevé al punto en donde ya, al rededor de la criatura, que se quejaba lastimosamente, había varias personas. Estaba enteramente tranquilo, y además, no opuso la menor resistencia, pero me lanzó una mirada que me infundió verdadero terror. Las personas que habían salido de la casa inmediata eran todas de la familia de la niña, y poco después llegó el médico, á quien habían ido á buscar. En realidad, la criatura no estaba gravemente herida, sino más bien asustada, según dijo el facultativo; y tal vez podríais suponer que las cosas no pasaron de ahí; pero había una circunstancia curiosa. Desde el primer golpe de vista había experimentado yo odio contra el agresor, así como la familia de la niña, lo cual era muy natural. Lo que más me sorprendió fué la conducta del médico. Era un tipo ordinario, sin nada de particular, con un marcado acento escocés, y de aspecto tranquilo y pacífico; pero no pudo menos que experimentar la misma conmoción que nosotros; cada vez que miraba á mi prisionero, veía yo que el doctor palidecía y contenía el deseo de arrojarse sobre él. Yo comprendía lo que pensaba, y él á su vez, también comprendía mi pensamiento; y como no era posible asesinar á aquel hombre, optamos por lo mejor. Le dijimos que nos proponíamos hacer tanto ruido respecto de aquel asunto, que su nombre sería maldecido de un extremo á otro de Londres. Mientras le decíamos esto, nos vimos obligados á defenderlo contra las mujeres que parecían tan exaltadas como harpías. En mi vida he visto una reunión de caras que demostrasen el odio que aquéllas; y en medio de todos, nuestro hombre, parecía hacer alarde de una presencia de espíritu brutal, sarcástica—como desafiando á todos, aunque en el fondo yo veía que estaba asustado.

—Si lo que deseáis—dijo—es sacar dinero á costa de este incidente, me declaro vencido. Todo caballero desea evitar el escándalo—añadió;—decidme la suma que pretendéis.

La fijamos, no sin trabajo, en cien

libras esterlinas para la familia de la niña; se comprendía que hubiera querido resistir, pero había en todas nuestras fisonomías algo que debió asustarle, y concluyó por acceder. Después fué preciso obtener el dinero; y ¿adonde creéis que nos llevó? precisamente al mismo lugar en que se halla esa puerta; sacó rápidamente una llave, entró, y volvió á salir con diez libras en oro y un vale por el resto, á cargo del Banco de Coutt, pagadero al portador y á la vista, y firmado con un nombre que no puedo decir; era un nombre muy conocido y más de una vez publicado en caracteres de imprenta. La suma era fuerte, pero la firma valía mucho más, si realmente era auténtica. Me tomé la libertad de hacer notar á nuestro personaje, que todo aquel negocio parecía fantástico, y que no era común que un hombre entrase á las cuatro de la madrugada por la puerta de una cueva para salir con un vale perteneciente á otra persona, por un valor de cerca de cien libras; pero acogió mi indicación con una tranquilidad perfecta y dijo con tono sarcástico:

—Tranquilizáos; voy á permanecer con vosotros hasta que se abra el despacho del Banco, y cobraré el vale yo mismo.—Partimos todos; el doctor, el padre de la niña, nuestro hombre y yo pasamos el resto de la noche en mi casa. Por la mañana, después de haber almorzado, fuimos juntos al Banco. Presenté el vale, dudando si sería falso; pero nada de eso, era bueno.

—Vaya, vaya—exclamó Utterson.

—Veo que experimentáis igual duda quo yo—repuso Enfield;—sí; es verdaderamente una historia original. En cuanto á mi hombre, era un sér con el cual nadie hubiera querido tener tratos; un hombre temible y peligroso; y la persona que firmó el vale pertenece á la flor de la alta sociedad, es muy conocida y, lo que da lugar á mayores sospechas es que forma parte de los que se tienen por hombres de bien, y á quienes se llama así. Yo creo que es un hombre honrado que tiene que pagar á peso

de oro el silencio de alguien que conoce alguna locura de su juventud; así es que á esa casa de la puerta le llamo yo la casa de la difamación, aunque, como lo podéis comprender, todo esto se halla lejos de explicar las cosas—añadió; y después continuó pensativo, sumido al parecer en profunda meditación; pero no tardó en salir de ella, por la siguiente pregunta que le dirigió Utterson:

—¿Y no sabéis si el firmante del vale vive aquí?

—¡Ah! ¡sería verdaderamente una hermosa residencia para él!—repuso Enfield—pero he tenido la suerte de lograr algunas noticias relativas á sus señas; no vive aquí.

—¿Y jamás habéis preguntado nada respecto del sitio en que está la puerta?—volvió á decir el señor Utterson.

—No señor, he tenido esa delicadeza—añadió Enfield.—Tengo viva repugnancia por las preguntas; eso se asemeja demasiado á lo que se hará el día del Juicio final. Lanzáis una pregunta y es como si tiráseis una piedra; estáis tranquilamente sentado en la cima de una colina, y la piedra descende arrastrando á otra consigo; y resulta que un viejo pájaro cualquiera (el último de quien os acordáis), queda herido por la piedra en su propio jardín, en su propia casa, y la familia se ve obligada á cambiar de nombre á causa del escándalo. No, señor, he llegado á hacer de ello una regla de conducta; cuanto más sospechosa me parece una cosa, menos pregunto.

—Es, verdaderamente, un buen método—dijo el abogado.

—Pero he estudiado el paraje yo mismo—siguió diciendo Enfield;—la construcción no se parece apenas á una casa. No tiene ninguna otra puerta, y nadie ha entrado ó salido

por ella en un largo espacio de tiempo, sino el caballero de mi historia. Hay tres ventanas con vista al callejón sin salida, en el piso principal; debajo no existe ninguna; los postigos están siempre cerrados, pero se ven limpios. Además, tiene una chimenea que echa humo constantemente; luego, alguien debe vivir allí. Mas no es absolutamente seguro, pues las casas de aquel callejón sin salida encajan de tal modo unas dentro de otras, que es difícil decir dónde concluye una y comienza otra.

Caminaron durante algún tiempo sin decir una palabra.

—Enfield—exclamó el señor Utterson—tenéis una excelente regla de conducta.

—Así lo creo—repuso Enfield.

—Pero, á pesar de todo—continuó el jurisconsulto—hay una cosa que quisiera preguntaros; desearía saber el nombre del hombre que pisoteó á la niña.

—Bien—contestó Enfield—no veo ningún mal en ello. Era un individuo llamado Hyde.

—¡Hum!—dijo Utterson—¿qué clase de hombre es?

—No es fácil de describir. Se observa en todo su exterior cierta falsedad, algo desagradable, algo evidentemente detestable. Jamás he visto un hombre que me agrada menos, y casi no sé por qué. Debe haber en él algo de deforme; produce el efecto de una grandeformidad, aunque no me sea posible precisarla. Tiene una mirada extraordinaria, y sin embargo, nada puedo especificar que se salga de lo común y ordinario. No, señor, no me es posible llegar á una conclusión, ni tampoco describirlo. Y no es por falta de memoria, pues puedo verlo en este mismo instante.

(Continuará).

El abono á esta revista sólo cuesta ₡ 1-00
por 4 meses.

CON NUESTROS LECTORES

Nuestra labor Esta Revista, hija de una ingente labor, viene á ocupar un puesto entre las muchas publicaciones diarias ó periódicas costarricenses y la necesidad de su creación es indudable.

Es una publicación seria, independiente de todo espíritu de bandería ó de secta, nacional y popular, que interesará lo mismo al hombre de letras que al agricultor; al artesano y al comerciante; indispensable para poner en relación al productor con el consumidor.

Sólo nuestra tenacidad nos ha permitido publicar esta Revista, que es la primera empresa de este género que ve la luz pública sin haber recurrido al apoyo del Gobierno ó de alguna empresa particular. Nuestras palancas han sido el Comercio, la Industria y la Agricultura.

Esos son nuestros únicos protectores; los verdaderos fundadores del MAGAZÍN COSTARRICENSE.

Nuestra absoluta independencia y nuestro carácter nos ponen en condiciones de decir siempre lo que sintamos sin estar sujetos á consideraciones de ninguna clase; pero, como comprendemos que el abuso de la libertad de Prensa es un delito mucho mayor que el del panigüismo, seremos moderados en la expresión de nuestros senti-

mientos y daremos á cada cual lo que merezca.

El Pueblo tendrá siempre abiertas las puertas de esta publicación para reclamar lo que crea que se le debe y para hacer oír su voz siempre que lo juzgue necesario.

Las ciencias y las artes son nuestras amigas y serán bien recibidas siempre que nos visiten.

Esos son nuestros propósitos y sólo necesitamos para llevarlos á cabo, que tú, lector, nos ayudes con los veinticinco céntimos que cuesta cada número.

Sellos de Correo Los nuevos sellos llevan una leyenda curiosa: «Costa Rica Correos». ¿Por qué no «Costa Rica Mail»? Sería más correcto y, sobre todo, más yanqui.

No hay duda de que nos yanquisamos que es una barbaridad.

Ya nos habíamos independizado hace 89 años de la madre España; ahora vamos camino de cambiar también de idioma.

Ilustraciones Cada mes publicaremos una serie de ilustraciones de actualidad, porque juzgamos indispensable ese gasto para la satisfacción de nuestros lectores que así, estarán al tanto de todo lo más interesante en asuntos políticos, científicos, etcétera.

Limón Nuestro bello puerto del Atlántico ha sido nuevamente incendiado. Una manzana entera, llena de valiosos establecimientos comerciales, desapareció en pocas horas en medio de las llamas. Gracias al arrojido de los vecinos de aquel lugar, á las oportunas órdenes de los Jefes de Policía y al auxilio de todos, no desapareció gran parte de la población. Llama grandemente la atención el hecho de que no pasa un mes, puede decirse, sin que tengamos que lamentar desgracias como la presente.

Las disposiciones gubernativas, las municipales, las del comercio, y las precauciones adoptadas por los ciudadanos han resultado ineficaces ante la tenacidad de los criminales.

Para todo hay remedio y en un artículo que publicaremos en nuestro próximo número, daremos á conocer los medios de evitar los incendios en Limón. Todos los habitantes de aquella importante ciudad y los de la Línea deben leer ese artículo, pues de él podrán sacar provechosa enseñanza.

Al mismo tiempo, rogamos á nuestros lectores de aquellos lugares, que nos den todos los informes que crean útiles al efecto y hasta que nos cuenten lo que sepan. Les prometemos guardar el más absoluto secreto sobre las revelaciones que nos hagan.

Queremos llegar á descubrir los criminales que no temen, por un poco de oro, arruinar á otros comerciantes y poner en peligro la vida de centenares de seres humanos.

Esta es una noble campaña y todo hombre honrado está en el deber de ayudarnos.

Tenemos algunos datos que pesan gravemente sobre una de las autoridades de aquella provincia y en cuanto acopiemos otros que nos faltan, abriremos una campaña sin misericordia contra los que *amparan* y *favorecen* á los incendiarios.

Lector: ayúdenos enviándonos datos sobre sus sospechas ó sobre lo que usted sepa.

Correspondencia Solicitamos de nuestros lectores que nos escriban diciéndonos qué les parece este MAGAZÍN y qué reformas, en su concepto, pueden hacerse. No teman molestarnos, pues con gusto accederemos á las indicaciones que se nos hagan, ya que nuestro deseo es el de complacer, en la medida de lo posible, á nuestros lectores.

Caricaturas En este número y en los sucesivos, daremos dos páginas de caricaturas sobre temas de actualidad política ó social. Grandes dificultades hemos tenido y tendremos para llevar á cabo este propósito ya que en Costa Rica son pocos los artistas que se dedican á este género; pero esperamos que aprovecharán esta publicación todos los que deseen cultivarlo. Rogamos á los que tengan algún interés en este asunto enviarnos temas para caricaturas, ya sea para que los desarrollemos ó ya sea el dibujo original. Hoy, hemos aprovechado las excepcionales dotes del modesto cuanto competente artista don Lidio

Bonilla, y esperamos que continuará honrándonos con su desinteresada colaboración.

Nuevo Gobierno Hoy se efectúa la transmisión del Poder. El Licenciado don Cleto González Víquez, después de cuatro años de una labor asidua é inteligente, en que tuvo que luchar contra todo y contra todos, entrega el mando al Licenciado don Ricardo Jiménez, candidato de los Partidos Republicano y Jimenista fusionados.

La Administración del señor González Víquez puede considerarse como un verdadero modelo en cuanto á la política. Ni una sola vez, ni en los momentos de mayor alarma y tensión, hizo uso del clásico sistema de suspender las garantías individuales. Sus enemigos y adversarios políticos nada tuvieron que sufrir de él y muchos de ellos fueron llamados al desempeño de importantes funciones públicas. Su ejemplar modestia, hombría de bien y honradez obligan á amigos y adversarios á descubrirse reverentes ante el hombre que, nacido en humilde cuna, no se mareó en las alturas. Ejemplo digno de imitar.

El señor Jiménez es una promesa y debe el país esperar mucho de quien por la Prensa, en la Tribuna Parlamentaria y en su larga carrera de Abogado siempre fué el defensor del Derecho y del Pueblo. Esperemos, pues.

Secretarios de Estado Han sido elegidos por el señor Presidente de la República los señores don

Nicolás Oreamuno, don Manuel Castro Quesada, don Carlos María Jiménez y don Felipe J. Alvarado.

Nuestra novela Empezamos con este número la publicación de «El Caso Extraño del Doctor Jekyll» que publicaremos por entregas mensuales. En nuestro concepto nada se ha escrito, hasta hoy, que encierre un misterio más notable. El lector desea con ansia llegar al final para saber en qué consiste, y su curiosidad no queda satisfecha sino en las últimas líneas.

Nuestras cubiertas Serán verdaderas obras de arte tipográfico y cada mes serán distintas. Por prohibirlo la Ley, no pudimos representar en las presentes la bandera y el escudo de Costa Rica.

Suscripciones Las admitimos en Costa Rica por 1 año ó por 4 meses, á los precios de ₡ 2-50 y de ₡ 1-00, respectivamente.

Fuera de Costa Rica, se cobrará \$ 2-50 oro americano por 1 año.

Toda suscripción se pagará por adelantado.

Anuncios Llamamos la atención de los lectores sobre el concurso que publicamos en una de nuestras páginas, relativo á anuncios y sobre la originalidad y belleza de la composición tipográfica de todos nuestros anuncios. Nuestros precios son moderados y los remitiremos á quienes los soliciten.

¡IN MEMORIAM!

¡Parece mentira que haya muerto, y fuerza es confesarlo! Garrido, joven, apuesto, llevando el sello de los predestinados en su mirada franca, dulce y noble, era uno de los predilectos: era un escogido! Vencedor no ha mucho tiempo en el torneo del sport en la lucha de la agilidad y la fuerza, hubiera sido vencedor en el



ALFREDO CASTRO CARAZO

gran torneo de la vida. ¡Lo merecía! Le veo en este instante, á distancia, tal y como le vi la última vez: Camina por la calle del Comercio llevando un libro en la mano derecha... su andar, un tanto yanqui en que hay afabilidades de sangre tica, es reposado y sereno.. Saluda sonriente á un par de *sportmen* amigos suyos que charlan en la esquina de «La Magnolia», y tranquilo, sin precipitación, continúa su camino: Le veo alejarse, y ¡oh sarcarmo de la suerte, é ironías del destino! en aquel mismo instante mi cerebro piensa, que la verdadera vida, que la genuina representación de la juventud, en marcha hacia el Tabor, en camino hacia el Triunfo, está sintetizada

en Alfredo, en ese joven vigoroso, inteligente y digno, que marcha sin temores, con muchas esperanzas en el alma, y fe ciega en el incierto Porvenir! La fatal nueva, como un buitre de garras poderosas que tuviera el negro dón de desgarrar muchas entrañas á la vez, hirió sin piedad, á padres, hermanos, amigos y so-

ciudad en general: ¡Alfredo Castro Carazo ha muerto! fué el grito unánime, que como una protesta elocuente hacia lo Infinito, hacia lo Inescrutable repercutió de uno á otro ámbito de San José en la mañana del Sábado Santo! Mano alevé, mano cobarde, había tronchado, allá en nuestro puerto del Atlántico, la existencia de aquel joven con derechos á vivirla!... ¡Los buenos se van, decían los Dioses, y así lo dijo el Lic. Víctor Guardia, en la muerte del meritísimo ciudadano don Manuel Vicente Jiménez!... ¡Alfredo ha muerto, y efectivamente, como decían los Dioses: los buenos se van!

M. Ch.

San José, 6 Mayo 1910

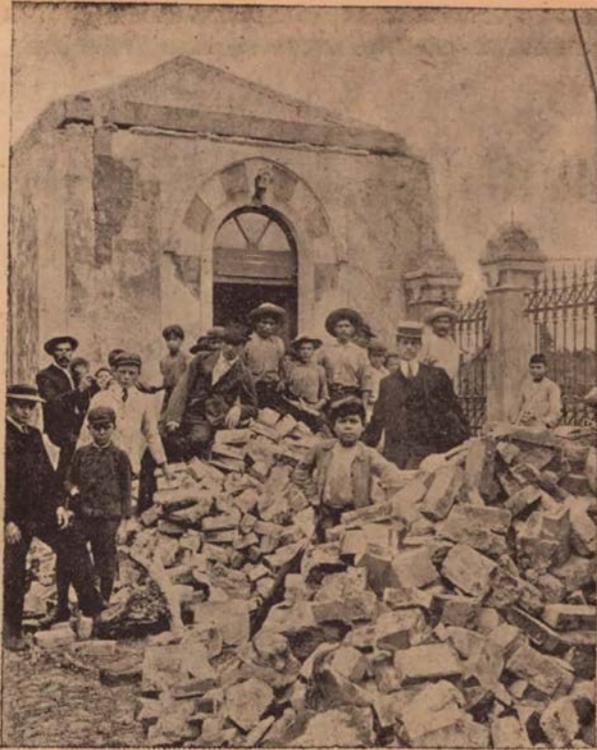


Una vista después de los temblores del 13 de abril
en la casa de Koberg — San José

El terremoto del 4 de mayo

Un desastre inaudito ocurrió á las 6 y 50 minutos en nuestra querida patria. Un espantoso terremoto destruyó totalmente la ciudad de Cartago, los pueblos de Tierra Blanca, Taras, Paraíso y otros. Los editores de este **Magazin** salieron inmediatamente en viaje de reconocimiento al volcán Irazú y después de una terrible y peligrosísima ascensión han traído datos y fotografías de interés mundial que publicaremos en un folleto, como avance á nuestro número de junio. Las fotografías del desastre del 13 de abril, que hoy publicamos, no dan ni la menor idea de la magnitud del desastre.

Los Editores



En San José, los temblores del 13 de abril dañaron importantes edificios; pero el Gobierno y la Curia Eclesiástica son los más perjudicados. La vista que publicamos en primer lugar es el Matadero Municipal, el cual quedó bastante arruinado. La fotografía que publicamos en segundo lugar es la casa del señor don Gaspar Ortuño, director del Banco de Costa Rica, la que fué dañada por los temblores.



PRÓXIMAMENTE llegarán nuevos materiales para tipografía que, procedentes de Europa y Estados Unidos, aumentarán los ya valiosos elementos que acreditan, desde su fundación, á la famosa

APARTADO
Número 249

IMPRENTA

TELEFONO
Número 36

ALSINA

Trabajos
Artísticos

**LA MEJOR
DEL PAIS**

Precios
Módicos

Los tipos modernos que por valor de **4,000 dólares** y la nueva maquinaria, que ascenderá á **25,000 francos** al unirse á los bien seleccionados elementos de que se compone este acreditado establecimiento, facilitarán enormemente su producción.

*La Botica del Comercio
ha despachado
hasta hoy*

192,968
RECETAS

*lo cual demuestra la
gran confianza que
el público tiene en
este establecimiento
donde se encuentran
artículos purós y á
precios moderados.*

— Agencia del —
Vino Terpina Co.

Botica del Comercio
San José, Costa Rica
E. H. Silva R., Propietario

PAN CALIENTE A TODAS HORAS

SOLO EMPLEA HARINAS PURAS

Galletas Pochet

Las mejores para tomar
— con chocolate ó te —
á las dos de la tarde.

— Esquina opuesta á la Iglesia del Carmen —
San José, Costa Rica

LA *EQUITATIVA*

EMPRESA DE TRANSPORTES

Cuenta con CUATRO espléndidos vagones para acarreo de muebles ó mercancías, con magníficos troncos de mulas. — OCHO carretones, COCHES elegantes, un OMNIBUS para viajes al campo. — MULAS y CABALLOS de tiro de primera clase

EL CUIDO DE BESTIAS POR MES
es una especialidad de la casa.

CUIDADO de VOLANTAS y COCHES
en un local espacioso y limpio

PRECIOS MODICOS

Manuel Hernández Infante

Calle 3.^a Sur, 550 varas al Sur del Colegio de Señoritas
SAN JOSE - - COSTA RICA

MUEBLES

DE MODA • ELEGANTES
• FUERTES • BUENOS •
GARANTIZADOS Y BARATOS

La única Fábrica montada á la americana

Fabricación especial de Puertas,
Ventanas, etc.
con MAQUINARIA ESPECIAL

PRECIOS SIN COMPETENCIA

JORGE MORALES BEJARANO

AVENIDA CENTRAL, Cuesta de Moras, Número 531,

SAN JOSÉ, COSTA RICA

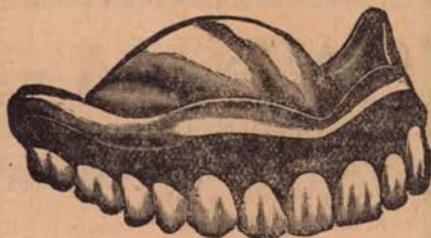
ZAPATERIA DE
RAMÓN SOTO H.

(AL LADO DE LA PANADERÍA POCHE)
SAN JOSÉ, C. R.

HORMAS DE TÓDA CLASE
EL MEJOR MATERIAL
Y LOS PRECIOS MÁS BARATOS

Anuncie
usted!

LO MEJOR



SAN JOSE, C. R.

Dr. OCTAVIO J. SILVA

CIRUJANO - DENTISTA

Calle de la Estación al Atlántico,
frente á la Imprenta Alsina

HORAS DE DESPACHO :

De 8 a. m. á 12 m.
De 1 p. m. á 5 p. m.

FOTOGRAFIA

RUDD

El fotógrafo más antiguo de San José

ESPECIALIDAD EN RETRATOS DE NIÑOS

Frente al Tranvía
Al lado del Banco Anglo
SAN JOSÉ, C. R.

LA MEJOR